

El desprecio , el odio , el temor , el resentimiento , la desconfianza , las pasiones todas se sublevan contra tan odiosa autoridad. El rey , que en su vana prosperidad no encontraba ni un solo hombre que se atreviese á decirle la verdad , tampoco en su infortunio hallará ninguno que se digne de disculparle , ni defenderle de sus enemigos.

Persuadido Idomeneo por este discurso , distribuyó prontamente las tierras vacantes entre los artesanos inútiles , y puso en ejecucion todo lo demas que se habia resuelto , reservando solamente las destinadas á los albañiles que habian de cultivarlas , concluidas que fuesen las obras de la ciudad.

## FIN DEL LIBRO DOCE.

## LIBRO TRECE.

## SUMARIO.

*Refiere Idomeneo á Mentor la confianza que hizo de Protesilas , y los artificios con que este favorito , de concierto con Timocrates , conspiró contra Filocles. Le confiesa que engañado por ellos dió comision á Timocrates para que le matase ; pero que habiendo este errado el golpe en la ejecucion , le perdonó aquel , dejó el mando que tenia de la armada , y se retiró á la isla de Samos : que sin embargo de que posteriormente descubrió Idomeneo la traicion de Protesilas , no habia tenido valor para castigar ni alejar de sí á tan pérfido valido.*

**A**TRAIDOS de la fama que por todas partes corria de la dulzura y moderacion con que gobernaba Idomeneo , venian infinitos pueblos á incorporarse al suyo , y disfrutar la dicha de vivir bajo tan amable gobierno. Aquellas campiñas , por tanto tiempo cubiertas de abrojos y espinas , ya prometian ricas cosechas y frutos hasta entónces desconocidos. A la porfía del arado abre la tierra sus entrañas , y en ellas halla el constante labrador la esperanza con que desde luego empieza á recompensarle de sus fatigas. Vense los valles y los montes cubiertos de numerosos rebaños y vacadas , cuyos mugidos resuenan hasta en las mas altas montañas ; y toda esta rica abundancia era efecto de la sabiduría de Mentor , que aconsejó á Idomeneo diese á los Peu-

cetos (1), pueblos vecinos, por los ganados que les sobraban, mil cosas superfluas que en Salento habia, y cuyo uso estaba ya prohibido.

En la misma ciudad y en las aldeas se consumia una numerosa juventud, que por no aumentar su miseria, no se atrevia á casarse. Pero luego que vieron en Idomeneo tales sentimientos de humanidad, y que sus acciones le aclamaban por padre de sus pueblos, ya no temieron el hambre ni las otras calamidades con que el cielo aflige á la tierra. A la antigua tristeza que nace de la indigencia sucedió como repentinamente la alegría que produce la abundancia: todo era ya regocijo, todo fiestas y canciones de los ganaderos y labradores que celebraban sus himeneos. No parecia sino que habia fijado allí su asiento el dios Pan (2), con una multitud de sátiros, faunos y ninfas, que á la sombra de los bosques bailaban al son de la flauta: tal era el concierto y alegría que reinaba. Sin embargo, era aquella una alegría moderada; y como que tales placeres no tenian mas objeto que él de aliviar con ellos las penalidades del trabajo, eran por lo mismo mas vivos y mas puros.

Admirados los ancianos de ver en sus días lo que les hubiera parecido temeridad esperar en muchos años, lloraban de alegría, levantaban las manos al cielo, y rogando al padre de los dioses: Bendecid, ó gran Júpiter, le decian, bendecid á un rey que os es tan semejante,

(1) Los Peucetos eran unos pueblos vecinos de los Daunios que habitaban en la parte de Italia, llamada hoy tierra de Barri, en el reino de Nápoles.

(2) Pan era el dios de la naturaleza particularmente adorado de los pastores. Se enamoró de la ninfa Sirinx, y habiéndola convertido en caña, hizo de ella su flauta.

y en el cual hemos recibido el mayor de vuestros dones. El ha nacido para nuestra felicidad: hacedle, pues, tantas gracias como de él recibimos beneficios. Nuestros descendientes, fruto de los matrimonios que facilita, le serán deudores hasta de su existencia, y él vendrá á ser verdaderamente el padre de sus vasallos: los recién casados manifestaban su contento en cánticos de alabanza de aquel á quien debian las dulzuras que disfrutaban. Todos tenian en la boca, y aun mas en el corazón, á su benéfico rey; todo lo ocupaba su nombre: tenianse por felices en verle, y temian su pérdida, como la mas irreparable, como la desolacion de todas las familias.

Entonces fué cuando confesó Idomeneo que en su vida habia sentido un placer comparable al de verse amado, y hacer felices á tantos hombres. Jamas, decia, lo hubiera creído: siempre juzgué que toda la grandeza de los príncipes consistia en ser temidos, y que solo para contribuir á ella habia nacido el resto de los hombres: cuanto habia oido de los reyes, que con sus desvelos se grangearon el amor, y llegado á ser las delicias de sus pueblos, lo tuve por una fábula; mas ahora me desengaña la esperiencia. Y para que sepais, mi amado Mentor, como desde mi niñez me hicieron concebir tan soberbias ideas, y cual ha sido la causa de todas mis desgracias, sabed que:

Protesilas, que es de algo mas edad que yo, fué siempre al que en mi infancia prefirió mi cariño. Agradábame su natural vivo y osado: se interesaba en mis placeres, y lisonjeaba mis pasiones: hizome sospechar de otro jóven, á quien yo amaba tambien, llamado Filocles, el cual era temeroso de los dioses: tenia una alma grande, y era á proporcion moderado: hacia consistir

la grandeza , no en elevarse , sino en vencerse , y en no cometer ninguna bajeza. Hablábame francamente de mis defectos ; y cuando no se atrevia á hacerlo , en su silencio y tristeza me daba sobrado á entender lo que queria reprenderme.

Al principio me agradaba esta sinceridad , y muchas veces le protesté que toda mi vida le oiria con la misma confianza para preservarme de aduladores. Enseñábame los medios de seguir en un todo las huellas de mi abuelo Minos , y hacer mi reino feliz ; y aunque es verdad , mi amado Mentor , que su sabiduría no era tan profunda como la vuestra , ahora reconozco cuan buenas eran sus máximas. Sin embargo los artificios de Protesilas , tan desconfiado como ambicioso , me hicieron que poco á poco me fuese disgustando Filocles , que como era poco introducido , dejaba triunfar al otro , contentándose con decirme la verdad siempre que yo queria oirle : en una palabra , era mi bien , no su fortuna , lo que buscaba.

A pesar de todo , insensiblemente me llegó á persuadir Protesilas que era aquel un carácter austero y soberbio , que era un censor de todas mis acciones , que nada me pedia por no tener que deberme nada , y por este medio aspiraba á la gloria de hombre superior á todos los honores : añadiendo que con la misma libertad que hablaba de mis defectos , hablaba de ellos á los demas ; que daba bien á entender la poca estimacion en que me tenia ; y que disminuyendo así mi reputacion , y dando á la suya el realce de una virtud austera , queria abrirse un camino al trono.

Al principio no pudo creer que en Filocles cupiese esta perfidia , porque hay en la verdadera virtud un candor y una ingenuidad que no es posible fingirse , ni

equivocarla quien con reflexion lo exámine. Mas la firmeza con que se oponia á mis debilidades empezaba á molestarme ; y la civilidad de Protesilas , y su ingenio inagotable en inventar medios de complacerme , contribuían no poco á que me fuese mas intolerable la austeridad del otro.

Bien lo conoció el astuto Protesilas ; pero mal satisfecho de que no lo creyese ciegamente en todo cuanto de su enemigo me decia , se valió del medio de no volverme á hablar mas de él , para persuadirme por otra mas eficaz que todos los discursos. Ved , pues , como acabó de engañarme. Aconsejóme que encargase á Filocles el mando de la armada que debia atacar á la de Carpathia (1) , y para que me determinase , me dijo : Yo creo que no tendréis por sospechosos los elogios que de él hago ; que tampoco podréis dudar de su valor , ni de sus talentos para la guerra , y ménos de que os servirá mejor que ningun otro. Yo prefiero vuestro servicio á mis resentimientos.

Estremamente complacido de la rectitud é integridad del sugeto á quien tenia confiada la administracion de mis mas importantes asuntos , le abracé trasportado de alegría , y me creí feliz en haber acertado á depositar mi confianza en quien tan bien lo merecia , y en quien tanta superioridad tenia sobre sus pasiones y particulares intereses. ¡ Mas ay ! ; cuán dignos de compasion son los reyes ! Este hombre me conocia aun mejor que yo mismo : sabia que los soberanos son regularmente des-

---

(1) Carpathia , hoy Escarpento , es una isla del mar mediterráneo , en la entrada del Archipiélago , entre Gandia y Rhodas.

confiados y negligentes : desconfiados por las reiteradas esperiencias que tienen de los artificios de los que los rodean ; y desaplicados porque los placeres arrastran , y por la costumbre que tienen de valerse de quien piense por ellos , pues aun esto les parece trabajo , y le encargan. Conoció , pues , cuan fácil le seria hacerme sospechoso un hombre , cuyas acciones habian de ser necesariamente grandes ; y mas cuando su ausencia le facilitaria los medios de ponerle mil asechanzas.

Bien lo previó Filocles ; y así me dijo al partir : Acordaos de que yo no podré defenderme , de que solo oiréis á mi enemigo , y de que arriesgando mi vida por serviros , me espongo tambien á no tener otra recompensa que vuestra indignacion. — Os engañais , le dije : no habla de vos Protesilas como vos hablais de él ; os alaba , os estima , y os cree digno de los mas importantes empleos ; y en el momento que así no juzgase de vos , perderia mi confianza. Nada temais : id , y no penseis mas que en mi mejor servicio. Partió con efecto , y me dejó en una extraordinaria situacion.

Es preciso confesároslo , mi amado Mentor : yo veía claramente cuan necesario me era oír el dictámen de muchos , y que nada podria ser mas perjudicial á mi reputacion , y al buen éxito de los asuntos , que entregarme á uno solo. Ademas sabia por esperiencia , que los sabios consejos de Filocles me habian librado de muchos peligros en que me hubiera precipitado la alternería de Protesilas : conocia el fondo de probidad que en el uno habia , y lo equitativo de sus máximas ; y aunque nada de esto notaba en el otro , era tal el ascendiente que le habia dejado tomar , que ya casi no le podia resistir. Cansado , pues , de hallarme siempre entre dos hombres que no podia conciliar ; no halló

mi debilidad otro medio que el de arriesgar algo por respirar con alguna libertad. Mas aunque no me atrevia á reflexionar lo vergonzoso del motivo , no por eso dejaba de obrar en mi interior sus efectos , y de ser la verdadera causa de que adoptase aquel medio.

Sorprendió Filocles á los enemigos , alcanzó una completa victoria , y apresuraba su vuelta para prevenir los malos oficios que de su enemigo recelaba ; pero este , que aun no habia tenido tiempo para engañarme , le escribió : que para coger el fruto de la victoria , deseaba yo que hiciese un desembarco en la isla de Carpathia , cuya conquista me habia representado con efecto Protesilas que seria fácil ; mas lo dispuso de modo que careciese de los auxilios indispensables , prescribiéndole ciertas órdenes que le causáron en la ejecucion diversos contratiempos.

Entretanto se valió de un indigno doméstico mio , que por su destino podia observar para comunicarle hasta lo mas mínimo , como con efecto lo hacia , aunque nunca se les veía juntos , y en todo parecian discordes.

Este doméstico , llamado Timocrates , me dijo un dia , encareciéndome la importancia del secreto , que habia llegado á descubrir que se trataba de un negocio , que podria serme harto perjudicial. Filocles , me dijo , se quiere servir de vuestra armada para erigirse rey de la isla de Carpathia : los capitanes le son afectos , á los soldados les tiene ganados con sus liberalidades , y aun mas con la perniciosa licencia en que se les permite vivir : sin duda se ha desvanecido con su victoria. Ved aquí en esta carta , escrita por él á uno de sus amigos , una prueba que no deja duda de su proyecto.

Ví la carta , y me pareció escrita por Filocles ; tan

perfectamente le habian contrahecho la letra entre Protesilas y Timocrates. La leí, y me sorprendió. Volvíla á leer una y mil veces, y aun teniéndola por suya, no podia persuadirme que lo fuese: tantas y tan sensibles eran las pruebas que me habia dado de su desinterés y de su buena fé, y entónces se me ofrecian á la memoria. Sin embargo, ¿qué podia yo hacer, ni como habia de negar su asenso á una carta que no dudaba ser de su propio puño?

Cuando conoció Timocrates el buen efecto que en mí hacia su artificio, le llevó mas adelante. ¿Me permitiréis, me dijo como con temor, que os haga notar particularmente una palabra de la carta? Dice Filocles en ella á su amigo que puede habla francamente á Protesilas acerca de una cosa que no designa sino con una cifra. Para mí, señor, no tiene duda que este ha entrado tambien en el proyecto, y que ámbos se han reconciliado á espensas vuestras. Reflexionad cuantas instancias os hizo para que le enviaseis; y que de algun tiempo á esta parte ya no os habla contra él, ántes os le alaba y le disculpa. Acordaos de que ya se veían sin horror, y se trataban con bastante confianza. Yo no dudo que están conformes en dividir entre sí la conquista de aquella isla. Porque si así no fuese, ¿cómo permitiera Protesilas que se intentase contra todas las reglas, y que Filocles espusiera vuestra armada por satisfacer solo su ambicion? ¿creéis vos que tan fácilmente lo disimulara, sino procediesen de acuerdo? De ningun modo. Lo que no se puede ya dudar es que ámbos obran de concierto para elevarse á una grande autoridad, y acaso para destruir el trono que ocupais. Yo bien sé que de hablaros con esta sinceridad me espongo á sus resentimientos, si á pesar de lo que mi zelo os comunica dejais vuestra

autoridad en sus manos; pero todo importa ménos que el serviros.

Estas últimas palabras me hicieron la mayor impresion. Ya no dudé de la traicion de Filocles, y desconfié de Protesilas como de su amigo. Ademas Timocrates no dejaba de decirme: si dais lugar á que la conquista se verifique, no os queda despues tiempo de oponeros á sus designios: oponeos ahora, pues está en vuestra mano. Entónces manifesté mas que nunca el horror que me causaba hallar tan profunda simulacion en los hombres, que no sabia de quien fiarme. Estaba convencido de la traicion de Filocles, y no veía sobre la tierra uno de cuya virtud no dudase. Me resolví á no dilatar su castigo; pero temia á Protesilas, y no sabia que partido tomar con él: temia hallarle culpado, y tambien temia mantenerle en mi confianza.

En esta incertidumbre no pude ménos de manifestarle que Filocles se me habia hecho sospechoso. Pareció sorprenderle mi recelo; y como para desvanecerle, me representó su integridad y moderacion, me exágeró sus servicios, y finalmente hizo todo lo que se necesitaba para que no me quedase duda de su reconciliacion. Por otra parte no perdía Timocrates ocasion de hacérmelo notar, y de instarme á que ordenase miéntras podia la ruina de Filocles. ¿Ved, mi querido Mentor, si son poco desgraciados los reyes, y si estan espuestos á ser el juguete de los demas hombres, al tiempo mismo en que los demas hombres se presentan temblando á los pies de los reyes!

Yo creí dar un golpe de la mas profunda política, y desconcertar á Protesilas, enviando secretamente á Timocrates para que matase á Filocles. Protesilas llevó su disimulo hasta el extremo, y me engañó tanto mejor,

cuanto mas naturalmente pareció que se dejaba engañar. Partió con efecto Timocrates, y halló á Filocles bastante embarazado en su desembarco: de todo estaba fulto; porque no sabiendo Protesilas si la carta supuesta bastaría á la ruina de su enemigo, queria tener otro arbitrio en el mal suceso de la empresa, de la cual me habia hecho concebir tales esperanzas, que frustradas, creía consiguiente que me irritase contra Filocles. Este sostenia una guerra tan difícil con su valor y su ingenio, y por el amor que le tenian las tropas; porque aunque todos conocian que era temeraria, y les habia de ser funesta: procuraba sin embargo cada uno que se verificase el desembarco, y con tanto ahinco, como si su vida pendiese del suceso. No habia uno que no la arriesgase con gusto bajo la direccion de un gefe tan sabio y tan amable.

Ardua empresa era la de matarle Timocrates en medio de un ejército que con tanta pasion le amaba; pero es ciega la ambicion. Nadie hallaba difícil por complacer á mi valido, y satisfacer el deseo de gobernarne con él absolutamente, muerto que fuese Filocles. Érale insufrible á Protesilas un hombre, cuya presencia era un íntimo convencimiento de sus crímenes, y que podia, desengañándome, destruir sus proyectos.

Asegurado, pues, Timocrates de dos capitanes que de continuo acompañaban á su general, y á los cuales habia ofrecido de mi parte grandes recompensas, se presentó á él, y le dijo tenia que comunicarle de mi orden varios asuntos reservados en presencia de solo aquellos dos capitanes. Encerróse con ellos Filocles, y entonces le dió Timocrates una puñalada, que por fortuna encarnó poco. No se sobrecogió Filocles; le arrancó el puñal, y se sirvió de él contra todos tres. Dió voces;

acudiéron, echáron las puertas abajo, y le libráron de aquellos miserables, tan turbados, que ni herirle pudieron. Se les aseguró, y fué tanta la indignacion del ejército, que inmediatamente les hubiera despedazado, si no le contuviera Filocles. Despues cogió á solas á Timocrates, y le preguntó con afabilidad la causa que le habia movido á cometer una accion tan vil. Timocrates, que temia que le quitasen la vida, al instante manifestó la orden que yo le habia dado por escrito para que le matase; y como los traidores son siempre cobardes, cuidó de salvar su vida, descubriéndole toda la traicion de Protesilas.

Horrorizado Filocles de ver tanta malicia en los hombres, tomó un partido propio de su moderacion: declaró á todo el ejército que Timocrates estaba inocente, le puso en salvo, le envió á Creta, y transfirió el mando del ejército en Polimenes, que era él que en la orden mandaba yo que le sucediese. En fin exhortó las tropas á que me guardasen la fidelidad que me debian, y por la noche se pasó en un ligero barco á Samos, donde en medio de la pobreza y de la soledad vive tranquilo, ganando su vida á hacer estatuas, sin querer ni aun oír hablar de los hombres, y mucho ménos de los reyes, que cree son los mas desgraciados y los mas ciegos de todos.

Al llegar aquí, le detuvo Mentor para preguntarle: ¿y tardasteis mucho en descubrir la verdad? — No, le respondió Idomeneo: poco á poco fui comprendiendo los artificios de Protesilas y Timocrates: ellos mismos se desavinieron, porque á los indignos los es casi imposible vivir unidos. Su division acabó de darme á conocer el abismo á que me habian arrojado. — ¿Pues como, replicó Mentor, no os deshicisteis prontamente de uno y

otro? ¡Ay de mí! exclamó Idomeneo: ¿ignorais por ventura, mi querido Mentor, la flaqueza é inaptitud de los príncipes? Una vez entregados á estos hombres osados y corrompidos que tienen ademas la habilidad de hacerse necesarios, no esperen despues tener jamas libertad. Aquellos á quienes mas aborrecen son á los que tratan mejor, y á los que colman de beneficios. A mí me horrorizaba Protesilas, y sin embargo dejaba en sus manos mi autoridad. ¡Estraña ilusion! Satisfecho con conocerle, me faltaba resolucion para recobrarla. Por otra parte me era sumamente cómodo su carácter complaciente, industrioso en lisongear mis pasiones, y activo en mis intereses. Por último, yo hallaba una razon para excusarme interiormente de mi debilidad; esto es, no conocer á ninguno verdaderamente virtuoso. Por no haberlos sabido buscar, llegué á creer que no subsistia uno sobre la tierra, y que la probidad no era mas que una bella ficcion. ¿Qué adelanto, me decia, con derribar á este estrepitosamente para salir de sus manos, si he de venir á dar en las de otro no ménos interesado y artificioso?

Por fin volvió á Creta el ejército comandado por Polimeno, é yo no volví á acordarme de la conquista de Carpathia; pero Protesilas no pudo disimular tan bien, que yo no conociese lo mucho que le pesaba de que Filocles viviera con seguridad en Samos.

Volvió Mentor á interrumpir á Idomeneo para preguntarle: si, sabida tan infame traicion, habia mantenido á Protesilas en su privanza.

Yo aborrecia, le respondió, los negocios, y era mucha mi desaplicacion para resolverme á arrancarlos de sus manos; lo cual me hubiera obligado cuando ménos á alterar el orden establecido para mi comodidad, y

á instruir al que le hubiera de suceder, y jamas tuve valor para emprenderlo; mas quise cerrar los ojos por no ver sus artificios, consolándome solo con dar á entender á ciertas personas de confianza que no ignoraba su mala fé. De este modo me persuadia que solo era engañado á medias, pues conocia el engaño. Alguna vez tambien le hacia que conociese la impaciencia con que soportaba su yugo, y me complacia en contradecirle, en vituperar públicamente algunas de sus disposiciones, y en decidir contra su dictámen; pero como conocia mi orgullo y mi pereza, le daba poco cuidado de mis enojos: insistia ya con obstinacion, ya suponiendo urgencias, ya aparentando docilidad, é ya solo insinuándose; y si me tenia descontento, entónces particularmente era cuando se esmeraba en facilitarme nuevas diversiones para distraerme, ó en empeñarme en algun asunto que le proporcionase hacerse necesario, y acreditarse de zeloso de mi reputacion.

Aunque yo desconfiase de él, con este modo de adular mis pasiones me arrastraba donde queria. Sabia mis secretos, resolvía mis dudas, me aliviaba en mis fatigas, y con mi autoridad hacia temblar el mundo. Por último jamas pude resolverme á castigarle. Pero no es esto lo peor, sino que en el hecho de conservarle en su valimiento he imposibilitado á los hombres de bien que lleguen á representarme sobre mis verdaderos intereses. Desde entónces se ahuyentó de mis consejos hasta la libertad de pensar: alejóse de mí la verdad; y el error que prepara la caida de los reyes me castigó, porque sacrificué á Filocles á la cruel ambicion de Protesilas. Aun aquellos que tenían mas zelo por el bien del estado y de mi persona, se creyeron dispensados de desengañarme despues de un ejemplo tan terrible.

Yo mismo, mi querido Mentor, yo mismo temia que la verdad disipase la nube, y que á pesar de la lisonja me iluminase; porque no teniendo valor para seguirla, su luz me ofendiera, y no me alumbrara. Conocia que sin sacarme de tan funesto compromiso me hubiera causado los mas crueles remordimientos. Mi molicie, y el ascendiente que sin sentir habia tomado sobre mí Protesilas, me hacian caer en una especie de desesperacion de no recobrar jamas mi libertad. No queria ver el vergonzoso estado en que me hallaba, ni que los demas le viesen. Vos sabeis, mi caro Mentor, la vana altanería y la falsa estima de sí en que son educados los reyes. Nunca quieren haber errado, y por cubrir un yerro cometen ciento. Antes que confesar un engaño, y tomarse el trabajo de corregirle, se reducirán á dejarse engañar toda la vida. Ved aquí el estado de los príncipes débiles y desaplicados, y este era puntualmente el mio cuando tuve que partir al sitio de Troya.

A mi partida le dejé á Protesilas el gobierno absoluto de mis estados, que desempeñó con arrogancia é inhumanidad: bajo su tiranía gemia todo el reino de Creta; ¿pero quien se habia de atrever á comunicármelo, sabiendo que yo tenia saber la verdad, y que abandonaba á la crueldad de Protesilas á cuantos se aventuraban á hablarme contra él? Pero cuanto mas se toleraba, tanto mas violentos eran los males que se padecian. Preciséme á que desechara al valiente Merion, que con tanta gloria me habia acompañado en el sitio de Troya. Entró en celos de él así como de todos los que yo estimaba y daban muestras de alguna virtud.

Conviene que sepais, mi querido Mentor, que de esto provienen todas mis desgracias. No fué tanto la

muerte de mi hijo la que causó la rebelion de los Creteneses, como la venganza de los dioses irritados de mis flaquezas, y el aborrecimiento universal que me tenian mis vasallos por la larga esclavitud en que les tuve bajo el tiránico gobierno de Protesilas: esto tenia ya apurado su sufrimiento, y el horror de aquella última accion les animó á reunirse, y hacer juntos en público lo que en secreto deseaba cada uno, y el miedo escondia en el interior de los corazones.

Timocrates me siguió al sitio de Troya, y desde allí daba cuenta á Protesilas de todo cuanto podia descubrir. Bien conocia yo mi esclavitud; pero procuraba no pensar en ella, pues no esperaba redimirla. Cuando á mi arribo se rebeláron los Creteneses, ellos fuéron los primeros que huyéron, y sin duda me abandonarán, si no me hubieran visto reducido casi al instante á seguirlos. Creed, mi querido Mentor, que los mas insolentes en la prosperidad son en la adversidad los mas débiles y cobardes: doblan la cerviz en faltándoles la autoridad; y se les ve tan abatidos como se les conoció soberbios: en un momento pasan de un extremo á otro.

¿Pero en que consiste, preguntó Mentor, que conociendo tan intrínsecamente á estos dos inicuos, les permitais todavía á vuestro lado? Yo no estraño que os hayan seguido, pues que tanto les iba en ello. Tambien veo una accion generosa en darles un asilo en vuestro nuevo establecimiento; pero no alcanzo porque os volveis á meter en sus manos despues de tan terribles experiencias.

Vos no sabeis, respondió Idomeneo, cuan inútiles son las esperiencias á los príncipes débiles y desaplicados que viven sin reflexion. Todo les descontenta, de todo se cansan, y no tienen valor para corregir nada.



La costumbre de vivir con estos dos hombres era una cadena que me asía á ellos, y ademas me veía continuamente acechado de ámbos. A mi llegada aquí, me indujéron á que hiciese los escesivos gastos que habeis visto: estenuáron este aun no bien nacido estado, y me empeñáron en la guerra, que sin vuestra mediación me hubiera arruinado; y creo muy bien que no tardaría en experimentar en Salento las mismas desgracias que en Creta; pero vos me habeis por fin abierto los ojos, é inspirado el valor que me faltaba para salir de esclavitud. Yo no sé lo que en mí habeis hecho: lo cierto es que desde que aquí estais me desconozco: no soy él mismo.

Preguntóle Mentor que pensaba Protesilas del nuevo plan de gobierno. — Nada mas artificioso, le respondió Idomeneo, que su conducta desde que llegasteis á esta isla. Al principio no perdonó medio de inspirarme indirectamente alguna desconfianza. Por sí nada decia contra vos; pero eran muchos los que venian á representarme que los dos extranjeros eran muy de temer. El uno es, decian, el hijo del engañoso Ulises, y el otro un hombre reservado y de un saber extraordinario. ¿Quién sabe si unos hombres acostumbrados á vagar de uno en otro reino, habrán formado contra este algun designio? Ellos mismos refieren las grandes alteraciones que han causado en los países que han corrido. Este nuestro es un estado que ahora nace, y aun no ha adquirido consistencia: la menor alteracion puede destruirle.

Protesilas callaba; pero hacia porque tuviese por peligrosas estas reformas, solicitando ganarme por mi propio interes. Si dais lugar á que los pueblos vivan en la abundancia, no trabajarán, se harán altivos,

indóciles, y estarán siempre prontos á la rebelion: la flaqueza y la miseria son las que les hacen dóciles y obedientes. Muchas veces ha intentado recobrar su antigua autoridad, encubriendo la ambicion de dominarme con el pretexto de zelo por servirme. A proporcion, me decia, que alivieis los pueblos, debilitaréis la potestad real, y en eso perjudicais irreparablemente al mismo pueblo que necesita estar opreso para vivir tranquilo.

Yo le contestaba, que aunque le aliviase, le mantendría obediente sin detrimento de mi autoridad, granjeándome el amor de los vasallos, castigando con rectitud á todo culpable, y proporcionando á la juventud una buena educacion, y á la nacion entera una exácta disciplina que la contuviese en una vida sencilla, sobria, y laboriosa. ¿Pues qué, le decia, no es posible gobernar un estado sin hacerle perecer de hambre? ¿Qué inhumanidad! ¿qué brutal política! ¿cuántas naciones vemos gobernadas con equidad, y sumamente fieles á sus príncipes? Lo que causa las revoluciones es la ambicion y la inquietud de los grandes, cuando es escesiva la licencia que se les da, ó no se ha puesto límite á sus pasiones: causalas tambien la multitud de grandes y pequeños que viven en la molicie, en el lujo y en la ociosidad: la multitud de hombres que hacen oficio de la guerra, y que han descuidado toda ocupacion útil en tiempo de paz, y por último la desesperacion de los pueblos maltratados, la dureza, la altanería de los reyes, y la flojedad que les hace incapaces de velar sobre los miembros del estado para prevenir los tumultos. Esto es lo que los causa, y no el pan que se deja comer en paz al labrador, despues de que le ha ganado con el sudor de su rostro.

Viendo Protesilas la constancia con que yo mantenía estos principios, ha tomado un partido opuesto á su conducta pasada: ha comenzado á adoptar lo que no ha podido resistir; finge aprobar mis máximas, estar convencido de su utilidad, y serme deudor de las luces que sobre esto le he comunicado. Hace mucho mas de lo que yo puedo desear en alivio de los pobres: es el primero en representarme sus necesidades, y en clamar contra los gastos excesivos. Vos sabéis que os elogia, que os da muestras de confianza, y que nada omite por complaceros. Timocrates empieza á separarse de él, y piensa hacerse independiente; y de aquí los zelos de Protesilas y las disensiones entre ámbos, á las que debo en parte el conocimiento de su perversidad.

Mentor le dijo sonriéndose: ¡cómo! ¿es posible que haya llegado vuestra flojedad hasta el extremo de dejaros tiranizar tantos años por dos traidores, cuya perfidia conocíais? ¡Ah! vos no sabéis, le respondió Idomeneo, el poder que tienen los artificiosos sobre un rey débil, que por su desaplicacion les ha entregado el manejo de los negocios. Y por otra parte os he dicho que Protesilas adopta ahora todas vuestras disposiciones, que se dirigen al bien público.

Mentor continuó diciendo en tono grave: demasiado bien veo como los indignos prevalecen sobre los buenos cerca de los reyes. Vos sois de esto un lastimoso ejemplo. Decis que yo os he abierto los ojos respecto de Protesilas, y aun los cerrais para dejar el gobierno en manos de un hombre indigno aun de la vida. Sabed que no son los malvados incapaces de obrar el bien: hácenle indiferentemente que el mal cuando puede servir á su ambicion. Ningun trabajo les cuesta hacer mal, porque no les contiene ningun sentimiento de

bondad, ni principio alguno de virtud; pero tampoco les es violento hacer bien, porque su perversion les incita á que parezcan buenos para engañar al resto de los hombres. Hablando con propiedad, no son capaces de virtud, aunque parezca que la práctican; pero sí lo son de añadir á sus vicios el mas detestable de todos, que es la hipocresía. En tanto que absolutamente querais proceder con justificacion, os ayudará Protesilas, mas será por conservar su autoridad; pero por pocas disposiciones que en vos note de tibieza, no habrá ardido que no emplee para que volvais á caer en vuestros extravíos, y recobrar libremente su natural engañoso y feroz.

¿Podeis vivir con honor y tranquilidad viéndoos á todas horas sitiado por un hombre semejante, miéntras que el sabio y fiel Filocles sabéis que vive pobre y abatido en la isla de Samos?

Vos conocéis muy bien que los simulados y atrevidos cerca de los príncipes débiles les arrastran donde quieren; pero debéis añadir que los reyes aun tienen otra desgracia no menor, cual es la de olvidar fácilmente la virtud y los servicios de los ausentes. La multitud que les rodea es causa de que ninguno les haga una profunda impresion: solo les llama la atencion lo presente, y lo que les adula; lo que no, se olvida pronto. Sobre todo la virtud les interesa poco: porque léjos de adularles, les contradice, y condena sus flaquezas. ¡Qué extraño es que no sean amados no siendo amables, y que no amen otra cosa que su grandeza y sus placeres!